

ALEJANDRO BOTUBOL: MOSTRAR LO QUE NO SE VE
ALFONSO DE LA TORRE

Signos sobre todo para sacar su ser de la trampa de la

Henri Michaux, "Mouvements" (1951)
Siempre hay que mostrar lo que no se ve
Bernard Noël, "Journal du regard" (1988)

¿Y qué enigma es éste? ¿Unas pinturas que explican el misterio de la historia de la pintura con la expresión del misterio? Pues estos lienzos que nos remiten a formas plásticas, suponen un pensamiento que intenta mostrar el artista mediante lo pintado, mas **Alejandro Botubol** (Cádiz, 1979) también pinta la impotencia de expresarlo. Presentes sus pinturas, pero abocadas al exilio de los márgenes de la representación.

Hermetismo de proyección y vaciado donde la memoria reverbera, en estas pinturas y su sombra, pues "donde hay luz hay sombra", me explicaba recientemente en su estudio el artista. Teatro privado de la imaginación y de la *malinconia*, así se constituyen las pinturas de este pintor paseante por la historia del arte de todos los tiempos, hasta constituir un reino propio para el conocer, en tanto otros lienzos parecen bordear el vacío. Pues heredero en algunas de sus obras de ciertos artistas metafísicos italianos que admira, -Giorgio de Chirico, Carlo Carrá o Giorgio Morandi, son nombres que citamos-, solo desde ese delirio de la extrañeza se puede permitir Botubol construir estas *postales*, en su palabra, *instantáneas* (*snapshot*, también lo llama), más bien fogonazos pienso ahora, con los que intenta penetrar en la realidad profunda que le rodea, aquello que quizás queda fuera de la visión, reverberante en el exilio de los márgenes. Tal quien ha decidido emprender el relato de una transfiguración, estos instantes de memoria e invención, le dije, errancias allende el territorio de la pintura.

Ejerciente declarado de lo espiritual en el arte, su pintura también es mostración de la unidad entre lo vivido y lo pintado, pues es artista *flâneur* de los museos, por ejemplo contemplando extasiado las pinturas en The Art Institute of Chicago u otras de nuestro Museo del Prado, otrosí el arrebató del decir barroco y de la pintura andaluza de todos los tiempos, que al llegar a su estudio queda expandida con orgullo entre lo íntimo y su memoria, así sucede con el trampantojo, el pliegue o la imaginaria. Lo cual no le impide encontrarse con naturalidad con el expresionismo abstracto, en su pintura es posible hallar citas a Robert Ryman o Mark Rothko, ahora Botubol un renovado autor a mencionar en el mítico "The abstract sublime" (1961, "ARTnews") de Robert Rosenblum.

Como un archivo nómada de imágenes contemplo algunas de sus pinturas recientes, donde retornan miradas sobre obras de Caravaggio, Giovanni Colacicchi, Lucien Freud, Francisco de Goya, Martin Johnson Heade, Juan Lacomba, Antonio López, Isabel Quintanilla, Joaquín Sorolla, James Tissot, Juan de Zurbarán o Diego Velázquez, entre otros. Metapintura y vida unidos en la ebriedad del arte, pues si algunas de estas pinturas-hablan-de-la-pintura, de modo declarado, en otras las alusiones quedarán veladas, acogidas *de profundis*, aventarán rescoldos inscritos en el alma de la pintura.

Silencio, quietud, memoria y artificio, dignidad siempre de un decir pictórico que reflexiona en lienzos zaheridos por la historia de la pintura, estos lienzos que el secreto dicen. Pinturas de una exactitud subterránea sobre las que indaga con himnica obsesión, como quien se regocija en el hallazgo de otras pinturas, esas encontradas en los museos para expresar lo que hay que expresar.

Pintar, parece referir nuestro artista, permite escuchar la pintura como jamás se ha escuchado, ver sentido, tal quien decide dar a ver. Aventura del artista que pinta y con su mirada ve, en tanto con la misma da-a-ver mostrando estas afinidades inagotables. Soplos de despertar con los que cristaliza Botubol la historia del arte en instantes cual mónadas, a veces elegíacas, otras himnicas, rimas del retorno eterno dicentes del vértigo de la imagen inmemorial, que parece tanto desgarrarse como reanudarse en un inextinguible parecido desde la subjetividad temblorosa de quien pinta. Himnodia de la pintura, espiritualidad ecuménica del goce a través del arte, reflexiones que expresa en fragmentos que devienen íntimos a modo de capturas de un instante, que si con frecuencia están inspirados en pinturas pueden ser también ejercientes de la invención, ciertos fragmentos poseer entidad corpórea o bien remitir a "stills" o polaroids que acaban permaneciendo inapropiables ya. Sed de sentido de este artista que refiere en estas pinturas la perplejidad, pero también su sed de sentido, ofreciendo a quien contempla un ciclo de epifanías pintadas que, como sucede con los libros ilustrados, deviene también una autobiografía que es centrípeto.

Todo relato, escribe Giorgio Agamben, es memoria de la pérdida del fuego. Como quien erige un museo personal, Botubol construye sus lienzos evocando aquello que corre el riesgo de la pérdida. Pues al cabo, la pintura es pérdida mas también conmemoración de lo misterioso, evocación y extravío, otrosí retorno de la vida del ayer en el presente de la pintura: como un diorama viviente cada una de estas pinturas, -que todo retorne, parece declarar el pintor, aquellos y este quien pinta, tal un imperativo del decir, como si inimaginable fuese otro mundo verdadero. Pequeños instantes festivos, reservas de ensoñación y, así, mostrándonos el rastro de estas pinturas sucede la exposición del rastro de su propio pintar, como un nuevo prístino lenguaje, un voluptuoso inventario casi privado.

Y desde el silencio del estudio del sur madrileño, Botubol nos inquiere a ver la pintura, apreciando su exacta profundidad, no es tanto inventar un mundo como transformar la relación que tenemos con él. No ha de ser otra cosa la pintura, esa fijeza que semeja el sueño mediante la cual el artista nos convoca al interminable paseo por paisajes, pinturas, o instantes que permanecieron en sumemoria. Pinturasquesonimagen,perotambiénintimidadedeunosespacios de lo interior, son centros dentro de un centro, representaciones de aquello que no tiene nombre. Mas, contemplando, nos reconocemos en estas pinturas.

Sólo existe una forma de expresión de la pintura, la pintura que transforma la pintura. Y tiene algo de pintor cósmico Botubol, capaz de ejercer una conciliación entre el misterio y la claridad, estas iluminaciones, le dije, a lo Rimbaud. Este deber de lucidez entre una declarativa fugacidad de la vida, tal si fuesen pocas las palabras que existiesen en el pintar para representar lo que es preciso de mostrar.

Entonces, la pintura tiene lugar.